

Carmen Mola



La Bestia

Madrid, 1834

*Premio Planeta*

2021

 Planeta

*Madrid, 23 de junio de 1834*

Bajo el aguacero, que ha transformado el suelo arcilloso en un fangal, un perro famélico juega con la cabeza de una niña. La lluvia cae inclemente sobre las casucas, las barracas y los tejares miserables que parecen a punto de derrumbarse con cada ráfaga de viento. El Cerrillo del Rastro, no lejos del Matadero de Madrid, se inunda siempre que llueve.

Para llegar a este barrio pobre y olvidado, hay que bajar una rampa abrupta y salvar continuas cortaduras de terreno que forman barrancos aquí y allá. El agua golpea con fuerza en los tejados de hojalata, de paja, de ramas, penetra en las viviendas, crea charcos en la arena y cascadas en los taludes. No es extraño que nadie repare en el perro, en el gruñido juguetón con el que zarandea la cabeza que mantiene sujeta con los colmillos clavados en la mejilla.

Entre el estruendo de la lluvia, el gorgoroteo histérico de una vieja arrodillada junto a un cadáver cubierto de barro en el fondo de un pequeño barranco.

—La Bestia... vendrá a por todos. La Bestia nos matará...

Donoso no logra hacerla callar: «La Bestia está aquí»,

mascullo sin cesar la anciana. Él ha bajado despacio por el desnivel del terreno y ahora tiene a sus pies los restos de un cuerpo que evocan los despojos de un carnicero: un torso con un brazo descoyuntado, pero aún unido a él por un hilo de músculos y carne desgarrada. La pierna derecha no parece haber sufrido daño. Donde debería estar la izquierda, hay un muñón, un agujero que deja a la vista la blancura del hueso de la pelvis. Las partes que faltan las han arrancado de manera violenta, no hay ningún corte limpio. Ni siquiera en el cuello, donde entre el amasijo de carne se adivinan las cervicales partidas. Sólo los incipientes pechos permiten imaginar que se trata de una niña de no más de doce o trece años. La lluvia ha lavado los restos y apenas hay sangre; se podría pensar que es una muñeca rota y abandonada, manchada de barro.

—La Bestia está aquí.

La anciana se repite como una rueda que gira sin cesar. Donoso la separa del cadáver con un empujón.

—¿Por qué no se va a su covacha y deja de alarmar a la gente?

Le duele la cabeza; la tormenta sigue retumbando contra la chapa de los tejados y siente que la humedad se le ha filtrado en el cerebro. Le gustaría estar muy lejos de allí. Nadie quiere estar en el Cerrillo del Rastro más tiempo del necesario, sólo los más pobres, los desaharrados, los que no tienen ningún otro lugar en el mundo. Los que han levantado las barracas de ese poblado con sus propias manos, con el orgullo y la desesperación del que carece de un techo.

Hoy, esta noche, será la Noche de San Juan. Otros años los vecinos, llegados de todas partes de España y fieles a las costumbres de sus pueblos, habrían encendido hogueras y saltado o bailado alrededor del fuego. No

es lo habitual en Madrid, aquí se celebra San Antonio de la Florida unos días antes, con la verbena y la tradición de los alfileres de las modistillas. Pero hoy, la lluvia impide cualquier fiesta. La lluvia y las medidas sanitarias que prohíben las reuniones tumultuosas. Este maldito año de 1834 todo parece salir mal: el cólera, la guerra de los carlistas, la Noche de San Juan y la Bestia, también la Bestia.

Donoso Gual fue celador real, pero perdió un ojo en un duelo por amor y le dieron de baja. Ahora ha sido reclutado como refuerzo policial mientras dure el cólera para vigilar las puertas de la ciudad y ayudar en lo que haga falta. Viste el uniforme del cuerpo: casaca roja corta con cuello, pantalón azul con barras encarnadas, chaqueteras de algodón blanco que, con la lluvia, parecen dos mofetas empapadas y chorreantes. Debería llevar carabina, dos pistolas de arzón y sable curvado, pero las armas las tuvo que devolver cuando le dieron la baja y no se las repusieron al reclutarle como refuerzo. Si los vecinos se le echaran encima, no sabría cómo defenderse. Lo mejor es mantenerlos a raya haciéndoles creer que es más fuerte, que tiene más poder y más arrestos que ellos.

—Es sólo una niña, ¿qué estáis haciendo? Salid a por la Bestia. Id a cazarla antes de que nos cace a todas.

La vieja no deja de gritar bajo el aguacero y pronto otros vecinos se unen a sus imprecaciones; embarrados y sucios, son como cuervos histéricos en esta tarde que la tormenta ha convertido en noche.

Donoso se pregunta cuándo vendrán a recoger el cadáver. Duda mucho que una carreta se adentre por estos pagos con la que está cayendo. El que sí llega es Diego Ruiz, a él le pagan en el periódico por las noticias que le publican y no puede desaprovechar una tan golosa como esta. Se ha puesto en marcha en cuanto le ha llegado el

mensaje de su amigo Donoso, compañero de francachelas nocturnas. Diego cruza el barrizal, en el que se mezclan charcos de lodo y escorrentías de aguas fecales de un grupo de casucas cercanas. No es la primera vez que visita la zona: escribió un artículo sobre el Cerrillo del Rastro hace unos meses en el que denunciaba la falta de atención de las autoridades hacia los necesitados, una de las pocas veces que el director de su periódico le ha permitido tocar temas sociales. Es posible que el poblado dure poco tiempo, porque el ayuntamiento quiere derribarlo y mandar a sus habitantes más allá de la Cerca de Felipe IV, la muralla que rodea Madrid. Culpan a los pobres de la epidemia de cólera que ha llegado hasta ahí tras arrasarse en otras zonas de España y Europa. Es su falta de higiene la que está matando a la ciudad, dicen en los salones madrileños.

Diego ya puede distinguir a Donoso a un par de decenas de metros, tras la cortina de lluvia. Intenta acelerar el paso, pero no es barrio para andar con prisas: resbala en el fango y da con los huesos en el suelo. Dos chicos de siete u ocho años se ríen, dejando ver las bocas melladas. Muy pocos allí conservan todas las piezas de la dentadura.

—De mojino, se ha caído de mojino —se burla uno de ellos.

—¡Todos atrás!

Donoso aleja a los niños con aspavientos mientras Diego se sacude en vano el calzón, el chaleco, los faldones. Las manchas no se van a quitar tan fácilmente.

—¿Otro cuerpo? —pregunta.

—Con este ya van cuatro, o eso dicen.

Diego no llegó a ver los anteriores; los enterraron antes de que ningún gacetillero pudiera ser testigo. A pesar de eso, escribió una nota en el periódico sobre esa Bestia

que despedaza a sus víctimas. Tuvo buena acogida y, de camino al Cerrillo, pensaba que esta sería una buena oportunidad para ganar lustre en los ambientes periódicos. Podría contar de primera mano lo que hace la Bestia, pero, ahora que tiene ante sus ojos el cuerpo desmembrado y embadurnado en barro, sabe que nunca encontrará las palabras justas para describir este horror. Su talento no llega tan lejos.

—¡Aquí! ¡Vengan aquí!

Una moza grita desesperada desde un bancal.

—¡Es la cabeza! ¡Se la va a comer el perro!

Diego sale corriendo. Entre las patas del perro escuálido, que chorrea empapado como un espantajo, está la cabeza de la niña. El chucho, muerto de hambre, desgaja la carne de la mejilla. Uno de los chavales lanza una piedra al animal y le acierta en el costado. El perro deja escapar un gemido de dolor y huye del aluvión de piedras que los niños siguen tirando.

—Es Berta, la hija de Genaro.

Un anciano enjuto es quien ha dicho su nombre: Berta. Diego siente una punzada al mirar esa cabeza con los párpados abiertos en mitad del bancal, con la huella del mordisco del perro en la mejilla y la melena negra y rizada extendida sobre el barro. Durante un instante recuerda a una de esas vírgenes de las iglesias, con la mirada extasiada y perdida en el cielo. En este cielo negro que no deja de vomitar agua. ¿Es posible imaginar el dolor de Berta? Los vecinos se han enredado en una conversación desordenada que va aplicando pinceladas sobre la vida de la niña: tenía doce años y hace unos tres o cuatro se fue a vivir a esas barracas con su padre, Genaro. Hace más de un mes que no sabían de ella. Sin embargo, la carne está intacta: si llevara muerta más de un día, los animales, como el perro que la mordisqueaba, se ha-

brían dado un festín. No habrían hallado más que unos huesos.

—Ha sido la Bestia, la Bestia le dio caza.

Un lamento que se repite entre los vecinos. Diego no quiere creer el cuento de la Bestia; alrededor de ese nombre se enmaraña un galimatías de descripciones de supuestos testigos. Algunos han hablado de un oso, otros de un lagarto de proporciones imposibles, hay quienes creen que se trata de algo parecido a un jabalí. ¿Qué animal mata sólo por placer? Hasta donde él sabe, todas sus víctimas habían sido violentamente desmembradas, pero ninguna tenía signos de haber servido de alimento para esta especie de animal quimérico que habita en los poblados de Madrid. Lo único que se esconde tras el nombre de la Bestia es una sensación pegajosa, tan ausente de forma y tan inquietante como esas descripciones demenciales: el miedo.

Otro vecino llama a gritos: ha encontrado la pierna que faltaba. Del cuerpo van a la cabeza, de la cabeza a la pierna... En algún sitio tiene que haber otro brazo, quizá aparezca. Los niños mellados corretean de un rincón a otro buscándolo, como si se tratara de un juego.

Las ruedas de un carro tirado por una mula se hunden en el barro y el conductor grita a Donoso que hay que llevar el cuerpo hasta allí. No puede arrimarse más. Se oye llorar a tres plañideras que se han dado cita cerca de las casucas. Una madre intenta que los niños vuelvan a la covacha, pero el atractivo de ver un cadáver desmembrado es superior a cualquier castigo que pueda imponer la mujer, y los niños se niegan a cumplir sus órdenes. La búsqueda del tesoro continúa: ¿dónde está el brazo que falta? El primero que lo descubra puede dar pescosones a los demás.

Diego ve y escucha todo como si estuviera dentro de

una pesadilla absurda: las premoniciones agoreras de las ancianas y la falta de empatía de los más pequeños. La indiferencia de algunos hombres, que rodean el cuerpo sin mirarlo, ocupados en sus quehaceres. ¿Acaso él es mejor? De camino al Cerrillo sólo pensaba en cuántos reales podría sacarse por esta noticia. Hasta había fantaseado con un titular: «La Bestia vuelve a matar», en la primera página de *El Eco del Comercio*, mientras todo el mundo en Madrid se estaría preguntando quién era El Gato Irreverente, seudónimo con el que siempre firma sus artículos. Se siente un reflejo del perro famélico, alimentándose de la muerte.

Como si ya hubiera cumplido su propósito de dar dramatismo al momento, la lluvia cesa, el cielo escampa y deja a la vista el horror de la zona, los pedazos del cuerpo de la muchacha.

Donoso carga con el torso de Berta y, ayudado por el conductor, lo deja caer en el carro.

A Lucía le parece que la Carrera de San Jerónimo debe de ser el lugar con más curas, monjas y frailes del mundo. Desde la Puerta del Sol hasta el paseo de Recoletos se alinean el monasterio de la Victoria, la iglesia del Buen Suceso, el convento de las Monjas de Pinto, la ermita de los Italianos y el convento del Espíritu Santo. También hay edificios de viviendas, casi todos pertenecen a la Iglesia, y dicen que en muchos de ellos viven curas. El lujo de los templos no oculta la mugre de la ciudad: el alcantarillado es malo y en el suelo se forman ríos de agua que arrastran basura arrojada por los vecinos en cualquier parte. La tormenta de verano ha recluido a todos los habitantes en sus casas y la calle ha dejado de ser, durante un rato, el tradicional ir y venir de sotanas.

Se ha cobijado de la lluvia bajo el toldo de un almacén de vino embotellado. Un chorro de agua cae desde arriba como una cola de caballo y a Lucía se le figura que está escondida en una cueva tras una cascada cristalina, el refugio perfecto para una niña de catorce años que desafía los peligros y vive en comunión con la naturaleza. Se escurre la melena roja como si acabara de darse un baño y surge un charquito a sus pies. Puede que, en cualquier instante, un niño hambriento acuda en su busca para rogarle que sane a sus padres enfermos de

cólera. Ella conoce todos los remedios, las pociones mágicas que se pueden fabricar con la savia de los árboles de esta selva y el veneno de las arañas.

Lucía se pierde en sus fantasías como en un laberinto, pero siempre la realidad acaba derrumbando el decorado que imagina; en este caso, es el dueño del almacén de vinos, que clava sus ojos lascivos en ella. Siente como si esa mirada espesa estuviera acariciando sus pechos; su vestido de tela basta se ha pegado a sus formas por la lluvia y dibuja una silueta infantil, tentadora para el vinatero. Pero Lucía no va a esconderse: le devuelve la mirada al tendero con desprecio, sus ojos negros, enmarcados por los rizos de la melena roja como el fuego, le retan: «Atrévete. Ven a por mí». En sus correrías por la ciudad ha aprendido que lo último que debe mostrar es miedo. Las gentes de Madrid saben detectarlo y, como hienas, se lanzan a por su presa.

El vendedor de vinos es el primero en apartar la mirada y ella respira con alivio: ocultar el pánico se ha convertido en todo un don. Por dentro, Lucía bulle de ansiedad como la niña que es; por lo que ese hombre pudiera hacerle y porque tendría que irse de allí, algo que no desea. No está bajo el toldo del almacén de vinos por casualidad. Desde ese punto, tiene una vista privilegiada del primer piso de la casa que hay enfrente. Ha tenido el balcón abierto durante la tormenta, con el agua colándose dentro. Lleva así varios días, sin que nadie proteja el interior. Un detalle que quizá a otros les haya pasado desapercibido. No a Lucía.

Hace casi una semana, vio por la calle al hombre que vive en ese piso, un anciano que ya debía de rebasar los cincuenta años. Se fijó en su andar titubeante y su ligero tono azulado; sus maneras dadivosas, limosnero con los pobres, le hizo llegar a la conclusión de que era un reli-

gioso con ropas de civil. Uno de los muchos que viven en la Carrera de San Jerónimo. Iba acompañado de un joven en cuyo brazo se apoyaba, aunque este no luciera mucho mejor aspecto: los huesos del rostro ensombrecían sus facciones hasta convertirlo en un cadáver andante. Siguió a los dos hasta el edificio que ahora vigila, convencida de que ambos habían enfermado de cólera. El balcón abierto de par en par pese a la tormenta le dice algo más: tras las cortinas que se baten por el viento, mojadas y sucias, yacen sus cuerpos sin vida. Dentro, la esperan muchos objetos de valor que ni el religioso ni el joven van a reclamar. Los curas viven en la opulencia y, ahora que están muertos, nadie necesita más esas riquezas que ella: podrá venderlas y comprar comida y medicinas para su madre: Cándida también ha caído en las redes de un cólera que la está consumiendo ante la impotencia de Clara, su hermana pequeña, incapaz de entender a sus once años que su madre se esté desvaneciendo como un atardecer, que no haya nada que puedan hacer para retenerla un poco más.

Ve pasar el carro de la funeraria, un cajón sobre cuatro ruedas, tirado por dos caballos y conducido por hombres con uniforme. Ha debido de morir alguien importante, piensa Lucía; si no, lo llevarían en una parihuela. Ya no tañen las campanas a muerto porque, según el gobierno, el tañido fúnebre inunda a la gente de melancolía. La norma ahora es el silencio, que las campanas no señalen cada nueva víctima. Demasiados muertos con esta epidemia de cólera que asola la ciudad desde hace un mes. La primera medida, confinar a la gente sana, ha sido sustituida por el confinamiento de los enfermos.

Lucía cruza la calle a la carrera cuando ve abrirse la puerta del edificio y aprovecha la salida de una anciana para colarse dentro. Mientras sube al primer piso, el co-

razón le late tan fuerte que cree que todo el mundo va a salir al descansillo para ver qué ocurre, pero ningún vecino se asoma. La puerta no supone un problema, tarda pocos segundos en abrirla con unas finas pinzas de hierro: los juegos de las Peñuelas, el barrio donde ha crecido, cuando competían a ver quién era más rápida abriendo viejos cerrojos oxidados, le pueden llenar la barriga hoy.

Se lleva una decepción al entrar: la vivienda es modesta; aunque el edificio fuera lujoso en su exterior, quizá no encuentre allí los bienes que esperaba. Montones de libros se acumulan aquí y allá. Sobre una consola hay una caja de cristal con pequeñas plantas dentro. Se queda unos instantes quieta, esperando a ver si se produce algún ruido antes de pasar más allá del vestíbulo, aunque no parece que haya nadie. La lluvia ha mojado el suelo de la estancia principal, pero no va a cerrar el balcón, no quiere arriesgarse a que alguien esté mirando, así que se mueve asegurándose de que no se la pueda ver desde la calle. Debe darse prisa, a las ocho cierran la Puerta de Toledo, la que tiene que atravesar para volver a su casa.

Apenas hay cosas de valor: un candelabro, unos cubiertos que tal vez sean de plata, unas monedas... Lo mete todo en una bolsa de tela que encuentra en la cocina. Nota cómo, debajo del olor a humedad que la tormenta ha dejado en la casa, se esconde otro olor: ácido, penetrante. Olor a muerte.

Abre la puerta de la primera habitación y ve un bulto en la cama. Es el cadáver del hombre joven, vestido y rígido sobre las sábanas. Dicen que los cadáveres pueden contagiar la enfermedad, pero a ella le da igual; busca en los bolsillos del muerto y rescata algunas monedas. No lleva reloj ni colgantes, sólo un crucifijo que no pare-

ce de valor y que prefiere dejarle por si le sirviera de salvoconducto al cielo, el pago para Caronte. En el cuarto tampoco hay nada atractivo con lo que seguir llenando la bolsa, excepto libros y más libros, pero a Lucía no le interesan, apenas conoce las letras.

En el siguiente dormitorio yace el religioso. No está en la cama como el otro, sino tirado en el suelo, en una postura grotesca, con el tono azulado propio de los muertos por el cólera. Registra primero el cadáver y no tropieza con nada. Ve una chaqueta en un colgador: un redingote marrón de paño de lana. Pensando en su madre, se lo pone, aunque le viene muy grande, las manos se le pierden en las mangas, y arrastra la capa por el suelo mientras sigue registrando la habitación en busca de algo que realmente valga la pena. Al fin lo halla en una caja de madera labrada: dentro hay un anillo de oro, como un sello. Tiene el dibujo de algo que parecen dos mazas cruzadas.

Se oye un portazo y, acto seguido, una voz varonil.

—¡Padre Ignacio!

Alguien ha entrado y Lucía se siente acorralada: es imposible salir sin que la vean. Se desliza bajo la cama un segundo antes de que el intruso irrumpa en la habitación. Se abraza a la bolsa de tela, que contiene su exiguo botín: las monedas, el anillo, la plata y poco más. Desde su posición, puede ver el cuerpo del religioso, de una rigidez espantosa. Entonces, el cadáver se gira hacia ella, como el que se da la vuelta en la cama para buscar una postura más cómoda. El *rigor mortis* dibuja en su rostro una sonrisa de payaso triste. Lucía ahoga un grito hasta comprender que el recién llegado está registrando al muerto en busca de algo, ha debido de darle la vuelta para inspeccionar los bolsillos.

No se atreve a respirar. Se aparta todo lo que puede

y, al hacerlo, su mano topa con algo que identifica como el palo de un cepillo. ¿Ha arrastrado el palo al tocarlo con la mano? ¿Ha hecho ruido? No lo sabe. Oye una respiración pesada, jadeante, que aplasta la suya, apenas un soplido de animalillo asustado. Nota un contacto en el pie derecho y espera con todas sus fuerzas que sea pura sugestión o que el pie del difunto, en uno de los meneos que está sufriendo su cuerpo, haya terminado rozando el suyo. Pero no es así: la mano se cierra sobre su tobillo y tira con fuerza. El intruso la ha descubierto.

Lucía agarra el palo del cepillo y bate con fuerza hacia abajo, en busca de la mano, de la cara que asoma por debajo de la cama. Un aullido de dolor le indica que, a pesar de defenderse a ciegas, ha conseguido hacerle daño. Dispone ahora de pocos segundos, lo sabe bien; sale de la cama por el otro lado, deslizándose tan rápido como puede y armada con el cepillo en una mano.

Al incorporarse, descubre frente a ella a un hombre enorme: mide más de siete pies, y tiene media cara en carne viva, quemada, más rosa que roja. Se duele de la boca, donde debió de acertar con el cepillo, y la mira con rabia. Lucía no se lo piensa dos veces. Golpea con la punta del palo el estómago del gigante y mientras este se encorva por el dolor, huye a la carrera hasta la puerta, con la bolsa de tela bien aferrada, arrastrando por el suelo la capa del abrigo como una cola de novia a la fuga. Baja los dos tramos de escalera y sale a la calle sin mirar atrás. Sabe que el hombre la está persiguiendo, sus gritos retumban en la oquedad de la escalera y lo hacen ahora en la calle.

—¡A ella! ¡A la ladrona!

Algunos curiosos miran, pero ninguno parece dispuesto a ayudar a su perseguidor. Lucía sigue corriendo.

—Por aquí...

Un chico un poco más joven que ella, de unos trece años, la ha llamado desde la entrada de una carbonería. Puede ser una trampa de la que ya no logrará salir, pero no le queda otra opción que confiar en él. Pasa por medio de las montañas de carbón y sale a un patio trasero. Y desde allí, saltando una valla, a lo que bien podría ser el jardín de un convento. De repente está en un lugar tranquilo, bello, limpio y silencioso, con caminitos de grava y una fuente de piedra en el centro. El agua impregna el aire de frescor y flota un aroma a tierra mojada por la tormenta.

—Será mejor que nos esperemos aquí un rato antes de salir. Por lo menos hasta que se despeje la calle. No pasa nada si dices «muchas gracias, Eloy».

Lucía se fija en su inesperado ayudante. Es un chico con el pelo ralo, pantaloncito raído y mirada muy viva.

—Me van a cerrar la Puerta de Toledo.

—Puedes quedarte a dormir en Madrid, dentro de la Cerca. Conozco muchos sitios, hay hasta palacios vacíos.

—No puedo, tengo que volver con mi madre...

Eloy deja escapar una sonrisa burlona.

—Robas a los muertos, pero no quieres enfadar a tu madre, colibrí.

Eloy le revuelve la melena roja, pícaro. Ella tiene que contener las ganas de soltarle un bofetón. De gritarle que su madre se está muriendo; que si no lleva a casa algo de dinero con el que alimentarla, tal vez no pase de esta noche. Prefiere apretar los dientes y murmurar:

—Me llamo Lucía, no sé qué es eso de «colibrí». Y no te he pedido ninguna ayuda, así que tampoco tengo que darte las gracias...

—Yo los distraeré, colibrí —sigue hablando Eloy como si no la hubiera oído. Saca una gorra de un bolsillo y se la cala—. Quítate ese redingote o te acabarás trope-

zando y te pillarán. Toma... —Le entrega un reloj con leontina—. No quiero perderlo, se lo acabo de robar a un estudiante y mis dos horas dando vueltas por la Puerta del Sol me ha costado. Devuélvemelo mañana, a las doce en la plazuela de la Leña. Haré que me persigan, vete para el otro lado.

Antes de que Lucía pueda decir nada, Eloy se encarama a la valla del convento, salta a la calle y echa a correr hacia el almacén de vino en el que ella se había refugiado antes. Tira un montón de botellas que están expuestas en la puerta y atrae así la atención del gigante, que ahora está con dos guardias.

—¡Allí!

Lucía mete el abrigo en la bolsa y, encaramada a la tapia, huele el vino derramado. Ve escapar a Eloy con agilidad, ha creado la confusión suficiente para que ella pueda saltar y huir por la misma Carrera de San Jerónimo, hacia el lado contrario. En una mano lleva, bien agarrada, la bolsa con lo que robó en la casa de los muertos de cólera; en la otra, el reloj que le ha dado Eloy. Mañana a mediodía estará en la plazuela de la Leña para devolvérselo.